



MUTIS Y LA EXPEDICION BOTANICA

ARMANDO GOMEZ LATORRE

Nunca se ponderará suficientemente el ejemplo y la labor desarrollada por la Expedición Botánica, por su eximio director y sabio naturalista *José Celestino Mutis*, "el príncipe de los botáni-

cos americanos" en opinión de Linneo, y del brillante equipo de colaboradores jóvenes a quienes se ha designado como la generación ígnea. Es un destello luminoso en la noche colonial que ful-

gura con energía propia. Y que compendia —exactamente— toda una época apasionante del pasado colombiano: la Precursora. Sin proponérselo, Mutis fue el corifeo de la gesta emancipadora. Sembró una semilla que dio espléndidos resultados y que constituye, dentro de aquel panorama de ignorancia y oscurantismo en que España envió sus colonias para mejor proveer a su dominio y servidumbre, la gran excepción. Bastó que él se incorporara con fe y devoción, sin dilaciones, a nuestra tierra y en nuestro ambiente para que durante casi medio siglo el país se dispusiera a entrar con pie derecho en la edad moderna.

La Expedición Botánica no es un hecho aislado. Es la resultante de un cambio en las doctrinas y concepciones económicas de la época. Evidentemente, en el siglo XVIII Europa abandona las tolidas del mercantilismo para sentar sus reales en el librecambismo. El oro y la plata ya no significan ni representan la riqueza. Las potencias europeas, con los ingleses a la vanguardia, se entregan a la revolución industrial. Las fábricas demandan materias primas para abastecer sus bodegas. Las colonias hispanoamericanas encierran fuentes riquísimas de estas materias primas, pero requieren su estudio. El siglo XVIII presenta un relevo de la producción colonial: en lugar de continuar

tras la explotación minera, España mira ahora con interés la variedad de las riquezas naturales en el trópico. La agricultura se impone sobre la minería y el estudio de los suelos, el aclimatamiento de cultivos, la injertación, y la exploración sobre las propiedades y aplicaciones de vegetales y minerales, hacen indispensable la intervención del estado. Carlos III entendió esa situación y por eso ordenó la creación de doce expediciones botánicas, de las cuales la de la Nueva Granada fue la más sobresaliente. Más hábiles los ingleses, se llevan esas materias primas de contrabando a precios irrisorios y las devuelven como flamantes manufacturas y a precios exorbitantes.

77 Años de virtud

La vida y obra de José Celestino Mutis entraña una contradicción con la España de su tiempo. Su vocación científica rebasaba el espíritu monacal que la herencia de la edad media y la sombra tutelar de Felipe II habían dejado en un país de soñadores, quijotes y místicos, gracias a los cuales se pudieron realizar el descubrimiento de América, El Siglo de Oro, y la penetración de la cultura occidental —mediante las misiones de los jesuitas— en los continentes asiático, africano y de la Oceanía. Su formación intelectual—La de Mutis— no podía escapar de los mé-

todos teorizantes y él comprendió la problemática de aquella formación entregándose más que al estudio al culto por la naturaleza.

Su temperamento retraído, reflexivo, absorto y contemplativo, era diferente al de los teólogos y moralistas que actuaban en función de la gloria celestial. Sin negar jamás sus sólidos principios religiosos —que al contrario ratificó al ordenarse en 1772— pudo conciliar el espíritu con la materia, lo subjetivo con la objetividad, y ser, por tanto, un catedrático en la teoría y en la práctica, un médico de cuerpos y de almas. Una extraña pasión por la naturaleza lo obsesionaba. En ella, es verdad, veía la grandeza de Dios, pero en ella veía también el secreto de su materia que descubierto podría utilizarse al servicio de los hombres. Austero, exacto, su trato reservado con los hombres era distinto frente a esa naturaleza. Su noble rostro se inundaba de alegría y su corazón palpitaba de gozo frente a un paisaje, una flor, una hormiguita arriera o la inmensa soledad de la manigua tropical. Al principio se sentía poeta y luego iba descendiendo en la exploración científica. Admiraba las cosas por su belleza pero les iba calculando su utilidad y aplicación. Como médico, botánico o matemático, medía el valor de todo; y como sacerdote pensaba en el inmenso valor que esas cosas tenían para mejorar los males que

afligen al hombre, las enfermedades que lo torturan, las necesidades que lo aquejan.

De Cádiz, donde nació en 1732, partió a estudiar teoría a Sevilla y Madrid. Y de esta última, como médico de cabecera del virrey Pedro Messía de la Zerda, y desechando la envidiable oportunidad de especializarse en las universidades de Bolonia o París, viajó al Nuevo Mundo, a estudiar realidades. Su "Diario de Observaciones" es el breviario de un científico. Todo lo anota, todo le llama la atención. Se duele de que otros naturalistas hayan pisado secretos vírgenes en estas tierras. En Santa Fe se dedica a su profesión y a la enseñanza. Sus prédicas en la cátedra de matemáticas en el Rosario, casi le representaron el hachón inquisidor. Viaja, observa, escribe y aprende.

Los grandes propósitos

El eficaz apoyo del arzobispo virrey *Antonio Caballero y Góngora*, que lo nombra director de la Expedición, y el feliz resultado en 1783 de lograr que el rey despierte de un letargo que también Europa le advierte, satisfacen su tenaz campaña de 20 años.

Son 25 años de incansable, continuada, agotadora tarea. Recorre el país y estudia sus posibilidades económicas. Los extraordinarios trabajos sobre las quinas, la ipe-

cacuana, el frailejón, la orquídea, y la aclimatación de especies. El descubrimiento de minas de oro y plata y las de sinabrio en el río Bermellón. Sus admirables experiencias con la vida de las hormigas. La creación de una escuela de pintura naturalista con la traída de pintores quiteños y la exaltación de los nativos, encabezados por Francisco Javier Matiz "el mejor pintor de flores del mundo". La creación de las cátedras de anatomía y química, a cargo de especialistas que mandó traer. Y el grande esfuerzo de su obra, que debía ser gigantesca en 13 volúmenes —"La Flora de Bogotá"— y que la muerte frustró, son apenas esbozos de la imponderable labor.

En brazos de su sobrino Sinforoso Mutis, y entre sus amigos Caldas y Salvador Rizo, expiró el sabio en la madrugada del 11 de septiembre de 1808. La noticia causó honda consternación y las exequias en la iglesia de Santa Inés —donde fuera sepultado—, congregaron a lo más representativo de la capital del virreynato. A Rizo le confirió poder legal para otorgar testamento. Recomendaba la creación de un jardín botánico para la capital, de un museo de historia natural, la fundación de un laboratorio para investigaciones y de una biblioteca pública. Recomendó la dirección de la Expedición para su sobrino Sinforoso y la sección de flora; para Jorge

Tadeo Lozano la de zoología, y para Caldas la permanencia al frente del Observatorio Astronómico, obra debida a sus esfuerzos y al entusiasmo del sabio payanés.

Sobre su muerte dijo este último: "Qué pérdida para las ciencias, para la patria y para la virtud". Y en el "Alternativo" apareció este epitafio de Manuel del Socorro Rodríguez:

"Don Celestino Mutis,
Hombre grande,
Gloria de España y honra
de este pueblo.
Cuya fama no cabe
En toda Europa.
Aquí descansa en paz,
¡Oh pasajero!"

Conclusiones Trascendentales

¿Cuál fue realmente el aporte de la Expedición Botánica a la cultura nacional? Esta pregunta, hecha a través de los siglos, contiene sugestivas respuestas que pueden concretarse así:

a) Fue una revolución científica, en el sentido de que transformó los sistemas de enseñanza y conocimientos de la época. La experimentación, la observación, el análisis y la investigación, si no desplazaron al menos se colocaron a la par con el viejo método de la abstracción, basado en la especulación mental, los racioci-

nios, los juicios y los silogismos. El estudio de la teología, las humanidades, el derecho, la literatura, la historia y la filosofía fue invadido por el estudio de la botánica, la zoología, la química, la física, la medicina, la meteorología, la etnografía y la economía. Este fenómeno se refleja en el "Plan de Estudios" que el abogado mariquiteño Francisco Antonio Moreno y Escandón presentó al virrey Guirior.

b) La Expedición Botánica fue una universidad en la teoría y en la práctica. La enseñanza y difusión de los conocimientos no sólo se efectuó por el estudio y consulta de los textos sino por los viajes, las investigaciones, las recolecciones y recopilaciones de cosas, datos y curiosidades. Los trabajos eran la proyección de realidades socio-geográficas y de experimentos científicos. Mutis no perseguía la formación de un equipo de intelectuales sino la integración de un conjunto de científicos que sobre el terreno aplicaran los conocimientos. Es verdad que sus discípulos no fueron muchos, pero el objetivo propuesto se consiguió sobre el espíritu de la época.

c) La Expedición Botánica fue el crisol donde se forjó la generación precursora que pensó y realizó la Independencia. Sus limitadas condiciones y los prejuicios del régimen no le permitieron llegar al pueblo, pero en los jóvenes

criollos descansó el principio de que el saber conduce a la liberación. De científicos y naturalistas se hicieron volterianos, políticos y legisladores. Aquí sí puede afirmarse que la labor fue funcional y revolucionaria.

d) En virtud de la gran tarea, corresponde a la Expedición Botánica el haber iniciado la literatura científica y aplicada en el país. Al fundarse la "Sociedad Patriótica" en 1802, el orden de los estudios implicaba las preferencias: agricultura y ganadería, en primer lugar, industrias, comercio y régimen de policía, después; para culminar con las ciencias útiles y las artes liberales, prelacones que de por sí conllevan preocupaciones que aún hoy prevalecen en el sistema educacional. Cada discípulo tuvo la obligación de dejar el aporte objetivo. Así aparecen: Eloy Valenzuela con su "Primer Diario de la Expedición" y la "Flora de Bucaramanga"; *Francisco Antonio Zea*: "La Botánica en la Provincia de Antioquia", "La Flora de Fusagasugá", que superó más tarde con la dirección del Jardín Botánico de Madrid y la dirección de los periódicos "El Semanario de la Agricultura", "El Mercurio" y el "Correo del Orinoco"; *Pedro Fermín de Vargas*: "Pensamientos Políticos sobre el estado de la agricultura, comercio y minas en el virreynato de Santa Fe", las "Memorias sobre la población del

Nuevo Reino de Granada", su "Discurso sobre el Río Magdalena", etc. *Caldas*, con su extraordinaria obra científico-literaria, que merece capítulo aparte; Joaquín Camacho, "Memoria sobre la Provincia de Pamplona", *Jorge Tadeo Lozano*, la "Fauna Cundinamarquesa" y "Memoria sobre las Serpientes", amén de innumerables trabajos serios y documentados pertenecientes a la galería procesa de entonces.

e) La Expedición Botánica contribuyó a crear la noción de Patria. Las ingentes y ocultas riquezas en los tres reinos de la naturaleza fueron estudiadas y conocidas. Los granadinos se encontraron consigo mismos al comprobar que poseían —sin ser dueños— un rico y dilatado país. El colono se propuso, por saberlo, tomar lo que era suyo y desechó la idea de que todo eso no podía continuar siendo ignorado o explotado en forma absurda por quienes no estaban vinculados a la tierra por el trabajo. El colono supo el valor de su trabajo y el criollaje lo

aprovechó una vez conocidas las conclusiones de los estudios. Ser dueños de esos tesoros, y no el rey, fue una gravedad que desplazó la lucha económica entre los propietarios de los bienes de producción y quienes realmente creaban la riqueza.

Y por último, la Expedición Botánica originó en nuestro medio la aparición del periodismo. La necesidad de publicar los ensayos, monografías, las memorias, las estadísticas y los resultados de las experiencias, condujeron al tipo de periodismo académico, no noticioso e informativo. En "El Papel Periódico de Santa Fe", el "Correo Curioso", "El Redactor Americano", "El Alternativo" y el "Semanario del Nuevo Reino de Granada", aparecieron además traducciones y pensamientos con afirmativo sabor de alta literatura, cuya herencia se perdió entre las toneladas subsiguientes de un estilo romántico amanerado y subjetivo. No así la fecunda, inmensa y prodigiosa tarea de Mutis, el español universal del siglo XVIII.